

V. SESIÓN NECROLÓGICA EN HONOR DEL
ILMO. SR. D. DIEGO PALACIOS LUQUE

Intervención de D. Miguel Ventura Gracia, Académico Correspondiente

Qué contraste más duro, doloroso y rabiosamente profundo el que experimenta hoy quien está en el uso de la palabra al enfrentar las malhadadas circunstancias que esta noche nos convocan a las que me llevaron en los idus de mayo de hace apenas tres años a ensalzar la figura del ilustre espejeño Diego Palacios Luque. Me cupo entonces -a petición del Ayuntamiento de la M.L. Villa de Espejo- el altísimo honor de coordinar los actos de la proclamación de quien ostentaba el cargo de Presidente de la Audiencia Provincial de Córdoba como Hijo Predilecto de su villa natal. Y, a más, la imperecedera satisfacción de entonar la *laudatio* –sincera y sentida- en la que, tras la intervención de los distintos portavoces en el Pleno Municipal, tuvimos también la oportunidad de desgranar ante nuestros paisanos, en un salón absolutamente abarrotado de público, los muchos méritos contraídos por el homenajeadado a lo largo de una dilatada y fructífera labor profesional.

Fue aquélla una noche memorable, en la que Diego Palacios, restablecido del último envite de una enfermedad cruel, recibía -en palabras de mi buen amigo el doctor López Segura- la mejor medicina que en aquellos momentos se le podía suministrar: el cariño y el afecto de las gentes del pueblo que le vio nacer. Fue una noche *cuasi* mágica, en la que un Diego Palacios sereno, apacible, con el porte noble de un patricio romano, recibía de la primera autoridad local el artístico pergamino que le acreditaba con tan preciado título, al tiempo que le imponía la medalla de oro de su pueblo natal: “¿Y a mí, por qué? – se preguntó el homenajeadado. ¿Por qué este nombramiento? Ya habéis manifestado cuáles fueron mis méritos. Debo responder que insuficientes para tan alto honor. Y más si el otorgado eclipsa por entero los que hasta ahora había logrado acumular...”.

Hoy soy yo, *de motu proprio*, quien solicita la venia de esta docta Corporación para acceder a esta tribuna y rendirle de nuevo homenaje postrero, reivindicando –desde mi condición de Cronista oficial- la portavocía de ese maravilloso pueblo campañés donde ambos vimos por primera vez la luz. Y lo hago sin pretender en absoluto remover heridas ni hurgar en sentimientos celosamente custodiados en el seno íntimo de su admirable familia: “Mis hijos son mis poderes. Es el tablero de un gran ajedrez en el que cada uno es pieza clave y fundamental de mi propia vida. Y Laura, mi mujer, es el clavillo del abanico que nos ha unido a todos”. Una herida lacerante, digo, que, me temo, nunca cicatrizará. Lejos de mi intención, pues, ahondar en los sentimientos que a flor de piel se palpan hoy entre quienes aquí nos congregamos.

Diego Palacios – lo confieso públicamente- me distinguió hace ya bastantes años con su leal y sincera amistad. Desde entonces nuestros encuentros y conversaciones - donde a veces se instalaba la respetuosa disparidad de criterios -, así como nuestros comentarios y confidencialidades, resultaron frecuentes. Como también cuando el calor y el afecto pretendían restablecer el equilibrio perdido: “Hay amigos que

cariñosamente te obligan –escribía Diego en alguno de esos momentos-. Su mirada te transmite la fuerza que se ha desvanecido y, ¡quién lo diría!, motiva el renacimiento de la ilusión”. En el decurso de su honrosísima amistad - y desde la confianza que siempre me proyectó- tuve oportunidad de conocer algunas facetas muy diferentes de las que aparentemente conformaban una indomable, impulsiva y severa personalidad. De entre aquéllas, siempre me quedé – bien lo sabía él- con el perfil que paradójicamente le definía como hombre de una sensibilidad acrisolada y un lirismo sincero que le alejaba con frecuencia de ese talante suyo vehemente y visceral. Al punto de que, como afirma Povedano Marrugat, refiriéndose a las intervenciones de Diego en la tertulia a la que acudía en la noche mágica de la Judería cordobesa, siempre había alguien que al final exclamaba: “Este hombre es un poeta”. Y es que –como decía Goethe y así lo recoge Vicente Núñez en sus “Primeras palabras” para *García Lorca en Córdoba* (Ramos Espejo, A., Córdoba, 1998)- “los espíritus muy potentes tienen la facultad de unir elementos contrarios, hasta el punto de convertir en inseparable esa dualidad”.

... Alboreaba la década de los ochenta cuando por primera vez – Laura me lo ha oído comentar en más de una ocasión- me percaté de lo que acabo de afirmar. Dirigía yo, a la sazón, una revista local, para la cual solicité de Diego su inestimable colaboración. Hoy, ojeando aquel entrañable ejemplar, compruebo, ¡qué singular coincidencia!, que el trabajo de Diego Palacios aparece hermanado con los de otros dos insignes académicos, lamentablemente también desaparecidos. El uno, firmado por el laureado poeta D. Juan Morales Rojas. El segundo, por aquel sabio espejeño que fue D. Juan Emilio Luque Díaz, con quien tan interesantes y provechosos momentos tuvimos ocasión de compartir. Era el académico Juan Emilio Luque – en palabras del común y entrañable amigo Diego Palacios- “un libro viviente, una enciclopedia con figura humana. Un lujo”. Léase si no, para mayor abundamiento, el luminoso artículo que sobre tan egregio espejeño escribiera nuestro Director, D. Joaquín Criado Costa, intitulado “Don Juan Emilio Luque o la dificultad de ser libre”. Su colofón, extrapolable al compañero académico cuya memoria hoy honramos, reviste tintes de epitafio: “Los hombres completamente libres merecen vivir siempre”. Mas, ¡ay! -añado yo-, se nos fue también con más de un cardenal en su alma... Pues bien, justo a continuación de su firma – de la firma de Juan Emilio Luque en la aludida publicación – hallamos la de Diego Palacios, quien remitía su bellísima entrega “Soledad”: “... La era está limpia; el tinajón roto en su irreversible soledad. No hay recuas ni carretas. Con el hombre se ausentaron muchas cosas, quedando el campo mudo, ausente, sufriendo la vehemencia de cosechas sin descanso”. Y más adelante, imaginariamente acodado en el balconcillo de su niñez, Diego Palacios describe el paisaje que tantas veces oteó: “... Al fondo el horizonte es inmenso, inacabable, sin punto final. Dan ganas de volar y recorrer con prisa aquellas tierras. Caminé. Anduve por mil distintos senderos. Hice senda y camino. Y hoy vuelvo al mirador de la ilusión, que es también ya el del recuerdo. Todo es igual menos yo mismo”. Y se incrimina: “¿Y para qué tanto correr? Despacio, amigo, no consumas tu vida en el camino.”

Y es que cuando el insigne espejeño vuelve la mirada a la Atalaya de la Campiña, acelera el ritmo su pulso, estrella la toga contra el fondo del sillón, mientras su espíritu, enloquecido, vuela apresurado al abrigo cálido de su tierra nutricia: “cada vez te quiero más de tanto no verte nunca...”. Podría, si el tiempo fuese más dadivoso, hilvanar una antología de reflexiones donde Espejo se sitúa siempre en el punto cero de su horizonte vital: “He de preguntarme cuál sea la causa que domina la presumible voluntad, e impide, con tanta eficacia, la libre elección de un comentario en el que Espejo no sea mi telón de fondo”. Para justificar lo antedicho no me sustraigo, empero, a entrelazar algunas de ellas, espigadas de diferentes contextos: “Es bonito y hermoso este pueblo (...). Su estética

estalla ante la sórdida fealdad de una posmodernidad chata y envejecida. Espejo lleva la belleza en sus entrañas. En la música coreada en el taconeo de quienes hubieron de escalar tantas veces la misma cuesta. La cal es su espléndido y natural maquillaje ...". Y prosigue, como si pretendiera un acto de autoafirmación: "... (Espejo) es desobediente y hostil si alguien lo reduce o lo pretende manipular. Es transparente, verticalizado, orgulloso de sí mismo. Es imaginativo, y muy sincero. Te acepta o te rechaza". Y en esa borrachera de galanura hacia el "morro de la Campiña", Diego Palacios sigue estrujando su propia mismidad en clave de espejeño: "Aunque es algo más que un pueblo bonito, enamorado del viento y de su propia blancura, que arde con su sol en mitad de la campiña, ondulándose amorosamente entre siluetas de campanas que repican con perezosos recuerdos ante las almenas de un torreón cargado de luces y de sombras".

Sus propias intervenciones en esta Casa han venido, con frecuencia, preñadas de espejeñismo, cuando trataba de dar rienda suelta a su sensibilidad. Recuerdo, en este sentido, dos piezas ejemplares: la una, en los patios del Palacio de Viana, en la que el autor finaliza su estudio asomándose una vez más al añorado balconcillo de la casa solariega de su niñez. Y la segunda, en este mismo salón, galopando a lomos de Desbandada y Botinero, con otra magistral intervención que llevaba por título "Caballos en el recuerdo": "Desbandada y Botinero, ¿qué fue de vosotros", - clamó en más de una ocasión quien de la primera conservaba en su piel la señal de una caricia. Mas aquel muchacho - en ocasiones oficiante de zagal- le concede el perdón: "De veras que siento no poder ofrecerte un terroncillo de azúcar. Y que conste que no te portaste bien. Pero como tú, también yo te perdono...". Espejo. Siempre Espejo. Y es que, como dice Lope de Vega, que algo sabía de la pasión humana, y así lo subraya nuestro llorado amigo, los amores primeros nunca pueden olvidarse.

Otras notas distintivas - estandarte definitorio de la personalidad de Diego Palacios - fueron su alto concepto de la *responsabilidad* y su aplastante *sinceridad*: "Que tu sí sea un sí, y que tu no sea un no". Había mucho en quien hoy honramos con esta necrológica de aquel *guerrero de la luz* que ensalza Paulo Coelho: "Cuando el guerrero asume su responsabilidad -escribe el autor brasileño- mantiene su palabra. Los que prometen y no cumplen, pierden el respeto hacia sí mismos y se avergüenzan de sus actos. La vida de estas personas -prosigue Coelho- consiste en huir; ellas gastan mucha más energía dando una serie de disculpas para deshonorar lo que dijeron, que la que usa el guerrero de la luz para mantener sus compromisos (...); el guerrero de la luz (...), cumple con honor lo que dijo y paga el precio de su impulsividad". Diego Palacios, señoras, señores, es como el adalid que proclama en su obra el reconocido escritor. Y por ello, por su aplastante sinceridad, como indica su hija Teresa en la semblanza que escribe sobre la condición de jurista de su padre, "se granjeó no pocas enemistades y el veto para desempeñar cargos de más alto rango en una carrera a la que siempre entregó lo mejor de sí mismo". Y Diego lo reconoce expresamente: "... yo tengo grandes defectos, pero soy un luchador. Cuando me encontré ante ciertas dificultades, hube de definirme. Yo prefiero poner los pies en la boca de riego de la plaza y citar al miura abriendo el compás. Si me atropella, si me mata, pues estoy cumpliendo con la labor de un torero. He aspirado a dar un pase y el toro ha estado más avisado que yo. Pero no me encontraréis dando un salto desprevenido a la barrera, y menos yéndome al tendido. Y menos, huyendo al hotel... Siempre he dado la cara, siempre he elegido el camino difícil, siempre he elegido la sinceridad, siempre he elegido el camino de la verdad". Perfiles inequívocos del guerrero de la luz, de todo aquel que es capaz de luchar hasta el final por algo en lo que cree ...

Y debo terminar. Y lo haré remontándome de nuevo a aquella noche primaveral y

de ensueño en que una luz cegadora iluminaba el negro túnel por el que había transitado Diego Palacios en una lucha denodada, donde la pericia y la esperanza nos lo había devuelto restablecido y optimista para recibir de su pueblo su más preciado galardón. Estaba exultante y absolutamente esperanzador: “ La vida es bellísima porque vale la pena soportar hasta los grandes sufrimientos, si se es capaz de tener la paciencia de la esperanza, la ilusión en cada amanecer, si se tiene la suficiente sensibilidad para que se distinga la hermosura de un paisaje, se saboree la obra bien hecha y se perciba la mirada de quien se acerca buscando el encuentro, con el firme deseo de prestar ayuda o hallarla en el camino... La vida es bellísima, si nos comprometemos, si tus raíces son plataforma desde la que, sin perder el ritmo evolutivo de la sociedad de tu tiempo, tienes marcado, en tu ensimismamiento más profundo, hasta los recuerdos sutiles de otras épocas diferentes... Y es también profundamente hermoso tener un mirador que te sirva de puente de mando, sobre todo, en aquellos momentos en los que las aguas de tu espíritu se encrespan y hasta la sosegada Campiña se alborota con ruidos inarmónicos”.

Fue una noche memorable, digo, que vino a fijar un antes y un después en las entrañas telúricas de mi buen amigo Diego: “ No sabéis el bien que me hicisteis, como posiblemente no midáis el alcance de lo que personalmente sigo experimentando, porque un premio de esta índole, cuando la vida ha llegado a su ocaso, es dulzura que no tiene parangón posible”. Por ello, con la rotundidad que le caracterizaba, confesó a los cuatro vientos en aquel inolvidable encuentro primaveral: “Nunca esperaba que del título de Hijo Predilecto de Espejo hubiera de ser yo algún día destinatario. No lo pensé jamás. Y cuando se me comunicó, sí lloré. Lloré despavoridamente. No he hecho otra cosa que trabajar en mi vida, con acierto, sin acierto... Por supuesto que la historia de los hombres está llena de errores, la historia de los hombres está llena de defectos ... Mis pronto, mi mal genio de súbito, mi propio aspecto, que a mucha gente le dicen “es un hombre de esta manera o la otra”, cuando, en realidad, ven, charlemos y ya veremos quién soy yo, porque yo mismo, a veces, no sé quién soy”. Te respondo, mi querido amigo: Tú eres Diego Palacios Luque, ese “guerrero” comprometido, responsable y sincero; esclavo de tus sueños, eso sí -“desdichado del que no sueña, pues nunca verá la luz...”, escribía Lorca -, pero libre, absolutamente libre en tus pasos. Y lo más importante para quien te habla: Tú eres Diego Palacios Luque, el Hijo Predilecto de Espejo. Un lujo para tu pueblo.

Intervención de D. Julio Sánchez Luque, Académico Correspondiente

Excmo. Sr. Director, Ilustre Cuerpo Académico, querida Laura e hijos, familiares, Sras. y Sres.:

A lo largo de mi vida son muchas las ocasiones en las que he tenido que transmitir mis palabras ante un público, unas veces invisible como es el caso de mi época de locutor de radio, otras veces con un público visible, bien en pregones, conferencias o presentaciones y en el presente ante espectadores que acuden a un teatro para ver la representación en la que actúo.

En todas las ocasiones referidas he intentado dominar los nervios que preceden a cada una de las intervenciones, nervios que han ido desapareciendo hasta conseguir hacerme dueño de la situación.

Hoy no me encuentro con capacidad para vencer el estado anímico que me embarga, de ahí que haya tenido que recurrir a la lectura. En este marco que nos ofrece nuestra Real Academia debo dejar plasmadas unas ligeras pinceladas, leves por la escasez de tiempo, de lo que para mí fue y seguirá siendo Diego Palacios Luque y lo que mi mente me dicta es una serie de sentimientos que fluyen del corazón y cuando es el corazón quien prevalece sobre la mente, difícilmente se pueden articular palabras.

Me dirijo a ti, Diego, porque tengo la plena seguridad de que me estás escuchando; no voy a decir nada de tu trayectoria profesional, no por desconocimiento porque de sobra la conozco, ni tampoco voy a hablar de tus múltiples condecoraciones obtenidas a lo largo de tu quehacer jurídico, no, de esto se encargarán sin duda compañeros académicos doctos en esta materia; yo me limito sólo a decir lo que para mí era Diego Palacios desprovisto de su toga.

Para mí fuiste siempre un ejemplo a seguir, sí, te lo digo ahora y ante testigos que me están escuchando. Te recuerdo en tus años de juventud cuando formabas parte del equipo del Espejo C. F., ese Espejo al que tú siempre has llevado tan dentro y al que has hecho conocer a muchos, a través de tus escritos en el diario *Córdoba* posicionando al lector en lo más alto de tu "Cucaña" y haciéndoles divisar la belleza de ese tu pueblo, atalaya de nuestra Campiña y de peculiar topografía.

Siempre admiré esa piña humana que formabas con tus hermanos: Maruja, Agustín y Antonio; cuántas veces hemos hablado de ello en nuestros paseos por el bulevar del Gran Capitán o bien sentados en la terraza de algún que otro bar.

¿Recuerdas cuando te pedí que prologaras aquel libro que escribí?. Era la biografía de nuestro José María Aguilar, y digo nuestro porque tú no sólo lo admirabas, lo querías igual que yo; para mí es un honor, me dijiste; no, Diego, el honor era para mí el que tú fueras el prologuista. Cómo te interesabas por mis representaciones de zarzuelas y dónde actuaba. Cuando ya me jubilé y dejé atrás cuarenta años de docencia, nos pasábamos muchos ratos hablando de la escuela y cuántos puntos de coincidencia teníamos.

Muchas veces hablábamos de nuestras familias y qué orgulloso te sentías de la tuya y al hablar de tu mujer, de tu Laura; me decías una y otra vez que era una fortaleza, que era ese cordón umbilical necesario e imprescindible para tu vida.

En muchas ocasiones necesité de tus consejos y de tu compañía y allí estabas siempre sacando tiempo de tus muchas ocupaciones; ese poco tiempo del que disponías lo empleabas en visitar y pasarte unos días en la playa que era tu delirio y, cómo no, algún que otro jueves bajando a la Puerta de Almodóvar donde en uno de sus bares tenías tu tertulia y a la que en muchas ocasiones me invitaste a asistir; ahora me arrepiento de no haberlo hecho.

Tú me hablabas de tu enfermedad mucho, bien personalmente o bien a través del teléfono y tengo muy grabadas las palabras que siempre me decías: "Yo sé que viene por mí, pero no la voy a esperar sentado".

Voy a terminar ya, Diego, otros amigos quieren hablar de ti pero antes de hacerlo quiero decirte dos cosas: la primera, que nunca olvidaré el día que murió mi madre; en esos momentos en los que no ves a nadie porque el dolor te lo impide, te vi a ti acompañado, cómo no, de tu esposa; habías tenido por aquellos días una recaída. Cuando nos abrazamos te dije: Diego, por qué has venido; tú me respondiste: Tenía que estar contigo.

La segunda cosa es que me impresionó la respuesta que tu hija Teresa le daba al

periodista que le hacían en el diario Córdoba recientemente; al preguntarle sobre ti, Teresa respondió: “ lo echo mucho de menos”. Teresa, en esos momentos, tengo la seguridad de que era la voz de toda tu familia.

Diego, hasta siempre, ya sabes que en las sesiones académicas el reloj manda.

Excmo. Sr. Director, Sras. y Sres., sé de antemano que mi intervención ha estado lejos de la brillantez que debe enmarcar el hecho de ocupar esta tribuna, pero yo me he permitido la licencia de hablar ante Vdes. con una persona desconocida para muchos.

Todo lo que consiguió en la vida, que fue mucho, fue fruto de su honestidad y constancia.

Nada más; muchas gracias

Intervención del Ilmo. Sr. D. Rafael Mir Jordano, Académico Correspondiente

El trance de realizar la *laudatio* de alguien, sea contemporáneo homenajeado o fallecido ilustre, es fácil cuando el autor sólo tuvo con el elogiado una convivencia superficial o corta; basta con encadenar con la máxima elegancia posible, adjetivos y frases usuales en tales ocasiones.

Pero si la convivencia fue larga, cercana y en facetas distintas de la vida, la tarea no es fácil. ¿Qué cualidad o característica del elogiado destacar? ¿Qué anécdota de las muchas conocidas elevar a categoría? ¿Cómo disimular la emoción si es que surge en el recuerdo? Es decir: no es fácil para mí dibujar los trazos significativos del Diego Palacios Luque que reside en mi memoria, y no porque, como ahora, sea ineludible la brevedad, porque con mayor disposición de tiempo las interrogantes se multiplicarían; sería peor.

De antes de su llegada a los juzgados de Córdoba, voy a contar un suceso acaecido siendo Palacios juez de primera instancia e instrucción de Estepona, uno de sus primeros destinos.

Un ministro de la Dictadura telefoneó a Palacios para interesarse por un asunto que se tramitaba en su juzgado, con ese guante blanco y férreo que es propio de la circunstancia. Nuestro juez dijo amablemente al ministro que desde luego estaba dispuesto a servirle, pero que le rogaba que esperase un momento, porque iba a requerir al secretario judicial para que dejara constancia fehaciente de la conversación telefónica. Sólo imagino la cara que se le pondría al ministro chasqueado, pero sí veo claramente la expresión de tranquilidad y satisfacción que tendría la del juez cuando se mirase en el espejo después del lance. Lance de alto voltaje, que sólo puede provocar y soportar quien tiene una fuerte personalidad, una personalidad blindada ante las conveniencias y temores.

Esta fuerte personalidad, independiente de los usos y convencionalismos sociales, queda también retratada en otra anécdota, que en su día fue tema de polémica en los ambientes de la vida judicial cordobesa. Sucedió cuando Palacios era juez en Montilla: en cierta ocasión fue avisado el taxi que normalmente atendía al juzgado, para la realización de una diligencia fuera de la ciudad (el levantamiento de un cadáver o una inspección ocular) y acudió el taxi conducido por un hijo del conductor habitual, que

expresó el deseo de ambos, padre e hijo, de no desatender al juzgado por una imposibilidad pasajera del padre. Durante el viaje, en la conversación de conductor, oficial y secretario del juzgado y juez, dijo con toda inocencia el conductor que estaba haciendo el servicio por la dicha buena voluntad, aunque aún no había obtenido el permiso de conducir. En ese momento, con la sequedad cortante de que hacía uso algunas veces, mandó al conductor detener el coche y a sus acompañantes, descender.

Este comportamiento fue catalogado por muchos como demasiado riguroso y formalista, pero lo de nuestro juez no fue tan sólo un impulso orgulloso de su propia dignidad, sino que el comportamiento de Palacios obedecía también a una buena defensa del rostro de la justicia.

- Rafael -me decía tiempo después-, la parada de taxis es en Montilla, como en otros lugares, uno de sus más significados mentideros. ¿Te imaginas los comentarios del día siguiente en la parada si no hubiera hecho lo que hice?.

Menos en sus etapas precordobesa y de Consejo del Poder Judicial, en las que nuestros encuentros fueron más espaciados, siempre coincidió mi carrera profesional con la de Palacios, por lo que puedo formular una opinión fundada -no sé si bien- del Diego Palacios juez, del magistrado y componente de tribunal y del Presidente de la Audiencia.

En todos los estadios judiciales en que trabajó, siempre lo hizo a fondo, con independencia y neutralidad, queriendo acertar y estudiando mucho; no se puede exigir más. Es lo que puede y debe exigirse a todo juez, pero no de todos puede afirmarse que lo hacen.

En muchísimas ocasiones vestí la toga con Diego Palacios, recibiendo de él sentencias de diferentes signos, como es natural, pero siempre desde la neutralidad más difícil para el juez -para con el amigo, al que un primer impulso excesivo de imparcialidad tiende a tratar con especial rigor- y desde una posición doctrinal y jurisdiccional siempre respetable. De él recibí incluso públicos elogios, los que no suelen ser frecuentes de juez a abogado o a la inversa, pero es muy claro para mí que sólo los buenos jueces son capaces de elogiar a un abogado. De verdad que es muy satisfactorio y halagador recibir elogios sólo de los mejores, y suficiencias rencorosas de los mediocres.

Pero mentiría si dijese que nunca tuve enfrentamientos con Diego Palacios, porque los tuve: varios y muy enconados...en las canchas de tenis, cuando hacia nuestros cuarenta y pocos años de edad, nos entregamos a ese deporte, fundamentalmente para mantener la buena forma física, pero sin ser capaces de desprendernos de nuestro talante competitivo.

También extramuros de la Justicia, coincidí en muchas ocasiones con Palacios en otra área que los dos frecuentamos: el área de las actividades normalmente nombradas como culturales; llámense mesas redondas, seminarios o simposios; llámense las páginas de opinión del diario provincial.

Paseante y conversador, era muy grato tratar con él sobre todo lo humano y lo divino, arriba y abajo, por cualquiera de nuestras avenidas arboladas. Amigo de enfatizar, podía predecirse que si detenía su marcha y alzaba el dedo índice de la mano derecha, es que iba a poner los titulares o formular la conclusión, porque ambas cosas tenían sus conversaciones, que no se substraían al rigor y a la disciplina mentales del conversador.

Creo que tuvo un acertado criterio sobre el corporativismo, porque siempre lo sirvió, pero nunca lo puso como prioridad intocable. Por ejemplo, se lo llevaban los demonios si se enteraba de que un juez iba por los pasillos del edificio judicial interesándose por un asunto del entorno familiar; y además se le notaba. No extraña pues que habiendo sido un buen presidente de Audiencia, como sin duda lo fue, en el general aplauso de sus compañeros, alguno no sacara las manos de los bolsillos. A fin de cuentas, los

aplausos unánimes sólo los reciben quienes nunca adoptan una decisión contra corriente, por mucho que sea la mejor o incluso la necesaria.

Padre de varios hijos juristas -lo que dice mucho de su facultad de irradiar entusiasmos- no tuvo la menor reticencia cuando su hija Teresa decidió acceder a la Audiencia Nacional, tribunal, como todo el mundo sabe, repleto de asuntos graves y difíciles y rodeado de peligros.

Con sentida cordialidad de amigos, entendíamos la vuelta a sus orígenes, el Espejo rural de su niñez, en sus artículos de prensa como un signo de que era consciente de que su tenaz lucha con la enfermedad no podría durar mucho más tiempo. La entereza ante la muerte que viene avisando.

¿Ven? Estas líneas están llegando a su final, y me temo que mi bosquejo de retrato de Diego Palacios es muy deficiente; pero espero que quienes lo conocieron bien admitan que en el retrato hecho hay la mejor voluntad y el logro de al menos cierto parecido.

Intervención del Ilmo. Sr. D. Ángel Aroca Lara, Académico Numerario

La muerte, segaron infatigable que no distingue entre la hierba verde y la que está en sazón, nos ha arrebatado a nuestro buen amigo Diego cuando aún era el tiempo de su magisterio, cuando aún podía seguir ilustrándonos con la rectitud de su trayectoria vital, cuando aún anhelaba vivir el otoño de su vida junto a Laura, cuando atesoraba aún cientos de consejos para repartir entre sus hijos y los hijos de sus hijos, cuando aún le quedaban muchos artículos por escribir y bastantes cosas que decir en está, su Academia. La muerte, aunque cierta, es especialmente dolorosa cuando llega a destiempo. Y recuerdo el grito desgarrado de dolor que me sobrecogió hace sólo unos días en el cementerio de Nuestra Señora de la Salud. Allí, en el lugar donde reposan los párvulos, hay una pequeña lápida de mármol blanco en la que sólo rezan el nombre de pila del niño, la fecha de su muerte y esta lacónica exclamación: ¡Hijo de mi alma!. No cabe epitafio más expresivo de la aflicción insufrible del padre, al que la muerte le arrebató de súbito y demasiado pronto la principal razón de su existencia. No es el caso de nuestro querido compañero, no; para él la muerte ha sido el anochecer de un día relativamente largo y, sin lugar a dudas, fecundo y esplendoroso, pero la noche no es menos negra porque suceda a un día radiante.

La muerte de Diego llegó a hurtadillas en el caso de abril, enmascarado su hedor acre en el perfume de los últimos azahares de Córdoba, y me cogió por sorpresa. Poco antes -quiero recordar que fue en Semana Santa- lo había visto en La Carihuela y, aunque su aspecto comenzaba a ser intranquilizador, mantuve la esperanza. Un hombre que venía luchando decididamente contra ella más de una década, que había burlado una y otra vez a la guadaña, que despertaba cada día con el firme propósito de recobrar su salud, que hablaba de su enfermedad de forma natural, que se mostraba como un pilar de fortaleza y deseaba ansiosamente vivir, era un manantial inagotable de confianza. Dejarme llevar por el desaliento se me antojaba una traición y me resistí a aceptar lo que empezaba a ser evidente. Diego sabía que el temor a la muerte es peor que la

muerte misma y le plantó cara con una gallardía admirable. Estoy prácticamente seguro -a fin de cuentas sólo era un hombre- de que más de una vez hubo de derrumbarse, pero no consintió que trascendiera su aflicción. La ocultó dignamente con el mismo recato que conoció en las mujeres fuertes del Espejo de su infancia.

De ellas aprendió la lección en ese tiempo en el que el ser humano es más impresionable y receptivo. Correteando por el Carril de las Cruces, por Alfolíes, por San Bartolomé, por la Silera Alta y Baja, por las dos Empedradas, por Piqueras, por Frasquito Castro o Calleras, las vio una y mil veces -la cubeta de la cual en una mano y el escobino en la otra- enjalbegando las fachadas de sus casas. Y advirtió que no era sólo u devoción por la limpieza lo que las impulsaba a consumir buena parte de su vida en el adecentamiento de aquellos muros viejos carcomidos por la penuria de la época. Supo que tras esta tarea cotidiana se escondían una pizca de orgullo, una medida colmada de dignidad y toda la harina del saber estar que fuera menester para poner a punto la masa que habría de salvaguardar la intimidad de sus hogares. Comprendió que el fin último de la cal era enmascarar la pobreza, revestir de dignidad la miseria, recatar el dolor y el sufrimiento para no contaminar a los demás con la aflicción propia. Diego aprendió la lección de la cruz a la firma y la puso en práctica cuando llegó el momento.

Es seguro que Laura y sus hijos hubieron de verlo abatido en algún momento, que sufrirían con él los trances difíciles en la enfermedad, pero todo quedó de puertas adentro. A los demás nos mantuvo al margen, no quiso contaminarnos con su tragedia y, aunque no era piedra, se nos mostró como un bastión indestructible en el que habría de quebrarse mil veces la guadaña afilada. “Sicut vita finis ita” -“Como ha sido la vida así es el fin”-, que reza la locución latina. Diego murió como vivió: luchando. Se había hecho a sí mismo y espoleó a sus hijos para que alcanzaran la meta de la que los sabía capaces. Mano a mano con Laura, en la que la fuerza se reviste de fragilidad para servir mejor su asumido papel de esposa en la sombra, hizo de Laura, Rosario, Teresa, Miriam, Diego y Paco los seis puntales que sostenían su orgullo. “Cuando sea llegada mi hora -dice Epicteto- moriré; pero moriré como debe morir un hombre que no hace más que devolver lo que se le confió”. Diego, después de tanto predicar las bondades de la lucha por la superación, no pudo aceptar la muerte a las primeras de cambio con el estoicismo que proclama el filósofo frigio; para ser consecuente, para no defraudar a sus hijos, para morir como había vivido, hubo de presentar batalla; y lo hizo con absoluta gallardía mientras le acompañaron las fuerzas, legándonos así su última lección de pundonor.

La muerte, que todo lo diluye bajo la tiniebla de su mano, habrá de tomarse mucho tiempo, muchísimo tiempo, para conseguir borrar la memoria del Excmo. Sr. D. Diego Palacios Luque. Se han cumplido ya más de seis meses desde aquel fatídico 28 de abril y aquí estamos sus compañeros de la Real Academia de Córdoba honrando su recuerdo. La muerte ha hecho mella en la materia y comienzan a esfumarse los perfiles de su rotunda humanidad, su voz tronante, su genio y sus maneras, pero su magisterio nos envuelve hoy, vive en todos los rincones de esta casa -aquí impidió un día que se atropellara el derecho de los Académicos- y los impregna de su fragancia con la fuerza del azafrán que aguarda en el fondo de todas las arcas de La Mancha, precisamente la tierra en la que Diego hundía sus raíces.

Allí -hace ya demasiados años- recibí otra lección y la aprendí con la vehemencia con que Diego hizo suya la de las encaladoras de Espejo. Era por este tiempo. Cada mañana salían las mujeres de mi pueblo faldeando donosas la llanura por todos los caminos como una sola fuerza. En los azafranes la escarcha perlaba los capullos de las rosas y hacía frío. Los dedos llegaban a perder el tacto, se incurvaban ateridos; y, cuando no bastaba el aliento, era preciso ir hasta la lumbre para volverlos a su ser. Sin otra

tregua las roseras iban llenando los cestos de una espuma morada que crecían al ritmo de las horas. Salvo que se tratara del “día del manto” -entonces las voces en demanda de ayuda llegaban de boca en boca hasta el pueblo y se cerraban las escuelas para que hasta los niños pudiéramos acudir a los tablares y cooperar en la recolección de un maná que llegaba de pronto y sin que se supiera la razón, la tarea concluía a media mañana. Volvían las mujeres y se afanaban en los quehaceres de la casa. Tras el almuerzo la rosa, ya abierta, desbordaba los cestos. Estaba a punto para mondarla y se extendía sobre la mesa grande que rodeaban las roseras. La tarde-noche transcurría entre risas y complicidades al tiempo que los ágiles dedos se teñían de malva; la farfolla se amontonaba en el suelo hasta cubrir los pies de las mujeres y las hebras de púrpura llenaban el pandero poco a poco. Casi siempre ya de madrugada el azafrán verde se extendía en cedazasos sobre la brasa pavonada de los sarmientos y la cosecha, ya exigua, menguaba todavía más. ¿Habría valido la pena acelerar la fugacidad de la flor, privarla de solazar sus pétalos antes de morir?; ¿acaso aquella mañana reseca, que apenas hacía oscilar el fiel de la balanza, compensaba un día más que cumplido de trabajo?. Muchas veces me hice estas preguntas ante los despojos de la rosa e inexorablemente las respuestas me llegaron al arreciar los fríos del invierno. Entonces, las prendas de abrigo salían del arca impregnadas en un olor penetrante y familiar, que se extendía por mi pueblo hasta enseñorearse en él y aturdirnos. Año tras año comprendía que la muerte no lo diluía todo; la rosa arrogante del azafrán era sólo un recuerdo de los días del otoño pero su fragancia seguía envolviéndonos en enero.

La muerte sólo hace mella en la materia y el paso del tiempo sólo mitiga el dolor de la separación, pero el magisterio de Diego Palacios Luque, especialmente su última lección, anidará en mí como el aroma del azafrán, mientras me quede aliento.

Intervención del Ilmo. Sr. D. Ángel Fernández Dueñas, Académico Numerario

Mi presencia hoy ante ustedes en esta sesión necrológica en honor de Diego Palacios tiene una triple motivación: la primera, elemental por obvia, la pura y justa cortesía académica para un compañero tristemente desaparecido; la segunda la dicta la amistad; la particular empatía que compartimos por tantas cosas de las que no fue la menor la similitud de caracteres, de afanes y de posturas ante la vida; la última y determinante, se basa en la obligación que él me impuso de exponer su “testamento académico”.

Muchas veces, en el último tramo de su vida, me dijo: “Cuando llegue la hora, tú tienes que explicar por qué y cómo presenté mi candidatura a la dirección de la Real Academia”. Esa hora, que los dos sabíamos y que ninguno nombramos, se cumple precisamente hoy, en estos momentos.

Ya han sido pronunciados, por los compañeros que me han precedido, muchos de los merecidos elogios que se pueden aplicar a Diego Palacios como jurista, como amigo y como hombre. Yo quisiera hacer hincapié en tres rasgos de su personalidad, para mí fundamentales, que me han de servir de base para transmitir éste, su testamento:

Su honestidad, fundamentada, a ciencia cierta, en la “tria iuris praecepta”, definida

por Domicio Ulpiano en el segundo siglo de nuestra Era: vivir honestamente, no ofender a los demás y dar a cada uno lo suyo.

Su desinterés, seguramente consecuencia de su compromiso profesional y vital por el cual la obligación marcó su destino, anteponiendo aquélla a cualquier canto de sirena de actitudes hedonistas. Él quiso ser antes que tener; él comprendió el sentido de esta frase de Rabindranath Tagore: “Engarza en oro las alas del pájaro y nunca más volará al cielo”.

Su valentía en el ejercicio profesional, en su actividad académica y en todos sus actos.

Éste era el hombre al que una noche en el Palacio de Viana, mucho antes de la finalización del segundo mandato de Ángel Aroca al frene de esta Corporación, le propuse la intención de formar una candidatura, encabezada por él, para las siguientes elecciones, cuestión posteriormente abordada en diversas ocasiones, tras ser compartida por un grupo de compañeros académicos. Próxima la apertura del proceso electoral, una mañana nos reunimos Diego, Antonio Ojeda, Rafael Vázquez Lesmes y yo. Aquella misma tarde me llamó Laura porque su marido tenía fiebre; era el inicio de su penúltima recaída.

Diego, todos lo sabemos, llevaba tiempo luchando contra su segunda gran enfermedad. Lucha sin cuartel en la que se mostraban parejos la resistencia del enfermo y la contumacia del morbo. Él seguía el radical consejo que diera, no sé a quién, el escritor y político inglés Lord Bulwer-Lytton: “Rehúsa estar enfermo. No cuentes a nadie que estás enfermo, ni siquiera a ti mismo. La enfermedad es una de las cosas que el hombre debe resistir desde el principio.

Sin embargo, Diego tenía terror a la fiebre, no al disturbio térmico en sí, sino a lo que él sabía que representaba: la inmunodepresión, la bajada de defensas, probable indicio de un recrudecimiento de su enfermedad. Cuando salí aquella tarde de su casa, llevaba conmigo un temor y una convicción: el temor, fundado, de que Diego no llegaría a coronar su ilusión de dirigir esta Real Academia y la convicción profunda de que, mientras viviera, nunca cejaría en su empeño.

En nuestra conversación, delante de Laura, yo le recomendé, como amigo y como médico, que no tenía obligación de inmolarse, dadas sus circunstancias; él me había respondido: “¡No pienso esperar la muerte sentado en un sillón”!; en aquellos momentos se me vino a la mente un pensamiento de Séneca: “Con el fuego se prueba el oro; con la desgracia, los grandes corazones”.

Pero Diego mejoró -¿o él quiso mejorar?- y se afanó en las semanas siguientes en la confección de su candidatura: reuniones, consultas, llamadas de teléfono. ¿Era esta actividad un deseo de aturdirse ante una amenaza vital que él intuía? ¿Creía de verdad en una curación imposible, en un milagro?. No lo sabremos nunca pero lo que sí es cierto es que su amor a la esperanza era un sublime canto a la vida, como afirmara Nietzsche. Y él mantuvo hasta el final su esperanza de poder dirigir esta bicentenaria institución.

No pudo ser a causa de un resultado adverso que encajó con su habitual talante, tanto que poco después, en la antesala de su crisis definitiva, me decía: “Ángel, es verdad que Dios escribe derecho con renglones torcidos; si hubiéramos ganado las elecciones, ¿qué haríamos ahora?; y aún más, cuando caballerosa, honradamente, reconocía el buen rumbo que seguía nuestra Academia.

Pensando en Diego Palacios y en su enfermedad terrible, me he acordado muchas veces de Rainier M^a. Rilke, el desarraigado poeta checo, del que su leyenda dice que murió a consecuencia del pinchazo de la espina de una rosa, aunque, en realidad, la causa de su muerte fue, igualmente, una leucosis. Como Diego, sabía que le amenazaba

una grave enfermedad; confesaba a su amigo Rudolf Kissner tener "...una alteración poco conocida de las células de la sangre que da lugar a los más crueles procesos dispersos por todo el cuerpo..."

Pero, a diferencia de Diego, nunca buscó la curación, antes bien, simplemente esperaba; "cada uno lleva la muerte dentro de sí, como la fruta lleva la semilla". Diferente postura existencial la de un hombre torturado, como expresa su poesía donde se reflejan los más oscuros abismos del alma humana, frente a otro que logró quintaesenciarse en su prolongada resistencia a la misma muerte. Una muerte, en fin, tan dolorosamente compartida como, alegóricamente, se comparte una flor, según los versos que son el epitafio de Rainier M^a. Rilke:

Rosa, oh contradicción pura, delicia
de no ser el sueño de nadie
bajo tantos párpados...

Intervención del Excmo. Sr. D. Joaquín Criado Costa, Director de la Academia

Ilustre Cuerpo Académico, querida familia Palacios Criado, señoras y señores:

Tras las intervenciones de D. Miguel Ventura Gracia, que nos ha traído recuerdos infantiles y juveniles del Diego Palacios Hijo Predilecto y Medalla de Oro de Espejo; de D. Julio Sánchez Luque, que con sus innegables dotes teatrales ha dramatizado un sentido monólogo; de D. Rafael Mir Jordano, que ha desarrollado el aspecto de jurista del Académico fallecido; de D. Ángel Aroca Lara, que con prosa florida y brillante ha recordado al Diego Palacios hombre; de D. Ángel Fernández Dueñas, que ha hablado de la larga e irreversible enfermedad y ha expuesto el "testamento académico" del homenajeado; y de D. Juan Aranda Doncel, que se ha dirigido a la familia del finado, voy a cerrar este acto necrológico con unas breves pinceladas de la faceta académica del Ilmo. Sr. D. Diego Palacios Luque.

El 14 de noviembre de 1985 fue propuesto para Académico Correspondiente en Espejo por don Juan Gómez Crespo, don Manuel Nieto Cumplido y don Antonio Arjona Castro, siendo elegido como tal en la sesión del 15 de enero de 1986. La "profesión, méritos y servicios" que figuraban en la propuesta eran "Magistrado-Juez de 1^a Instancia n^o 4 de Córdoba; Vocal del Consejo General del Poder Judicial desde octubre de 1980. Autor de diversos estudios de tema jurídico". Algo más tarde pasó a correspondiente en Madrid.

Cuatro años después, el 8 de noviembre de 1989, don Manuel Peláez del Rosal, don José M^a. Ocaña Vergara y don Antonio Arjona Castro lo propusieron para Académico Correspondiente en Córdoba, adscrito a la sección de Ciencias Morales y Políticas, alegando como "profesión, méritos y servicios" el ser Magistrado de la Audiencia Provincial de Córdoba. Presentaron la propuesta el 23 de noviembre y fue elegido el 7 de diciembre de 1989.

Al año siguiente, el 7 de noviembre de 1990, se presentó propuesta para Numerario de su sección. La habían firmado, el 18 de octubre anterior, don Manuel Peláez del

Rosal, don José M^a. Ocaña Vergara y don Joaquín Criado Costa, aunque con posterioridad e innecesariamente, siguiendo una práctica introducida por el Sr. Peláez del Rosal que más tarde se erradicó, la firmaron los Sres. Muñoz Vázquez, Cosano Moyano, Aroca Lara, Hernando Luna, Fernández Dueñas, Aranda Doncel, Valverde Madrid, Mellado Rodríguez, García García, Jordano Barea, Gracia Boix y Cuenca Toribio. Diego Palacios fue elegido Numerario el 22 de noviembre de 1990.

Por las fechas expuestas habrán visto ustedes que su paso por la Academia no fue largo: apenas quince años de pertenencia a la misma, sin una asistencia regular a las sesiones -su profesión se lo impedía muchas veces-, pero sí es cierto que contribuyó de alguna manera a la reactivación de la sección de Ciencias Morales y Políticas propugnada por el Sr. Peláez del Rosal, Director a la sazón, con los siguientes trabajos e intervenciones:

- “La Justicia durante la transición política”, dentro del ciclo “Problemas políticos, jurídicos y morales de la sociedad española”, el 5 de mayo de 1989.

- “La independencia de los jueces en la historia del constitucionalismo español”, el 1 de junio del mismo año 1989.

- “El gobierno de los jueces en la Constitución Española de 1978”, en el año 1991, que fue su discurso de ingreso como Numerario, al que contestó don Manuel Peláez del Rosal.

- “La figura del Duque de Rivas y D. Juan Valera”, el 14 de marzo de 1991, dentro de la celebración de un ciclo para conmemorar el segundo centenario del nacimiento del Duque de Rivas.

- “Los patios y el Derecho”, el 14 de abril de 1991, en un encuentro sobre los patios cordobeses.

Ya bajo la dirección de don Ángel Aroca Lara, presentó las comunicaciones siguientes:

- “Testimonio”, el 19 de diciembre de 1992, en las I Jornadas de la Real Academia de Espejo.

- “La voz que permanece”, el 24 de noviembre de 1994, en la sesión necrológica dedicada al Ilmo. Sr. D. Juan Gómez Crespo, quien rectoró la Corporación durante ocho años.

- “Caballos en el recuerdo”, el 16 de diciembre de 1994, en las Jornadas de la Real Academia sobre el caballo, organizadas y coordinadas por quien les habla y que tuvieron una de sus sedes en la finca “Guijarrillo”, propiedad de la familia Lovera, vinculada, como saben ustedes, a la familia Palacios Crespo.

- “La Justicia en Córdoba, hoy”, el 16 de enero de 1998.

Hasta aquí, en resumen, la actividad propiamente académica de Diego Palacios, pues no llegó a utilizar las páginas del veterano *Boletín* -por razones que desconocemos- lo que nos priva, lamentablemente, de que sus enseñanzas en esta Academia permanezcan y lleguen a futuras generaciones.

Conocí al compañero Palacios prácticamente a raíz de su arribaje a esta casa y lo traté con cierta frecuencia en nuestras escasas coincidencias en un club social del que los dos éramos miembros, relación que se extendió a otros escenarios y aspectos.

Cuando, impulsado por otros compañeros de Academia, me decidí a presentar una candidatura a la Junta Rectora de la misma, no dudé en ofrecer el puesto de censor a Diego Palacios, pensando, sobre todo, en su formación jurídica, en su disponibilidad de tiempo -aunque tocado por la enfermedad, estaba ya jubilado- y en su recto proceder.

Diego me lo agradeció, pero optó legítimamente por encabezar otra candidatura.

Pocos días antes de la elecciones pactamos que, fuera cual fuera el resultado de la

votación, nuestra amistad permanecería incólume. Rubricamos el pacto con un abrazo del que la prensa dejó amplio testimonio. El destino se inclinó de mi lado, como pudo haber sido al revés. Su felicitación fue de las más cordiales.

Su enfermedad, desgraciadamente, se fue agravando y dejó de asistir a las sesiones académicas, pero no obstante, tuvimos algunos inesperados encuentros callejeros o ante unas tazas de café, ocasiones que aprovechó para manifestarme las razones de su inasistencia a los actos y que le llegaban noticias del acertado rumbo que seguía la Academia, como ha dejado el Doctor Fernández Dueñas.

Todo ello demuestra bien a las claras que Diego Palacios fue un auténtico caballero, quizá por ser un hombre libre, plenamente libre, que cabalgó, como dice Ana Huntington, "por las candentes arenas del desierto de los tiempos".

Ha testimoniado Miguel Ventura que apliqué en cierta ocasión esa libertad de hombría de bien a otro ilustre espejeño, rico en inteligencia y amistad, Juan Emilio Luque Díaz, que ejerció siempre la abogacía de Estado en Barcelona.

No es extraño, pues he conocido en mi vida, que ya no es corta, a cuatro caballeros espejeños, rabiosamente libres en su responsabilidad, de los que dos nos han dejado: Juan Emilio Luque y Diego Palacios. La amistad de los otros dos, Antonio Palacios y Miguel Ventura, deseo disfrutarla muchos años más.

Tu marido, Laura Criado, y vuestro Padre, Laura, Rosario, Teresa, Miriam, Diego y Francisco Palacios, será recordado en esta casa, que podéis considerar siempre vuestra, como un hombre de bien, de recto proceder, que dejó en ella hondo impacto de independencia y libertad.

Intervención de D. Diego Palacios Criado

Excmo. Sr. Director,
Ilustre Cuerpo de Académicos,
Señoras, Señores:

No es fácil, y menos para quien hoy porta este cúmulo de emociones contradictoras, encontrar las palabras adecuadas para que el sencillo sentimiento de gratitud, en el legítimo orgullo y en el agrídulce del recuerdo, transmitan hasta todos lo que mi familia y yo en su nombre en este momento sentimos.

Gratitud por cuanto en un mundo del hoy y del ahora, de los resultados inmediatos de las soluciones economistas y prácticas, tantas y tan importantes personas distraigan parte de su precioso tiempo en recordar y acompañarnos en el recuerdo de quien aquí, a este centro, sólo accedió por su amor a la ciencia, por su espíritu de servicio y por sus desvelos, en definitiva por atender a la sociedad en el puesto que él había elegido.

Legítimo orgullo de sabernos su familia el resultado de su obra humana (su legado), el espejo en que se miraba y el modelo a su vez al que seguir y el encontrarnos ahora y aquí recordando su figura hace tenerle presente como tal modelo, lo que nos debe servir de acicate y estímulo para seguir sus pasos.

Sólo puedo decir que nuestro padre nos inculcó que en la vida no sólo nos

conformásemos con los primeros retos, sino que había que conseguir y participar en todos los foros, para que el ser humano no se circunscribiese meramente al campo profesional, en el que él como juez tan altas cotas consiguió, sino que él quería participar del saber y es en esta casa donde consiguió su meta, en ésta, su Academia de Córdoba, crisol de culturas.

De ahí que el homenaje que se le brinda hoy no es sino el reconocimiento a su intensa y luchadora vida.

Por ello, sólo puedo terminar diciendo: gracias, papá, por poder recoger este homenaje en tu nombre; gracias a la Academia por brindárselo.

Muchas gracias.